

Sobre la imitación descansa una gran parte de la creación artística de la historia del hombre. Unas mujeres trabajan en el campo, recolectan la mies. Agachadas sobre el campo amarillo que se transforma en un fondo dorado, envueltas en unas ropas sin época y con las cabezas ocultas por sombreros y pañuelos, estas mujeres protagonizan una de las escenas características de la historia del arte. Desde el arte egipcio hasta el cine de Abbas Kiarostami, esta escena de las mujeres cosechadoras en los campos de trigo se repite, imitándose a sí mi misma, encabalgándose en nuestra memoria hasta no distinguir un Millet de la reproducción de ese mismo cuadro (e incluso de otro) en cualquier calendario, en cualquier reproducción fotográfica de eso que llamamos arte y que curiosamente conocemos casi siempre sólo a través de la fotografía.

La Mona Lisa la conocemos a través de la fotografía, y por supuesto a Picasso y a todo el impresionismo... y a los murales de Orozco y Siqueiros. Fotografías en color, en blanco y negro, en formatos inevitablemente diferentes del original. Finalmente, todas estas fotos se han convertido en unas imágenes autónomas, en otra cosa. volveríamos a Magritte repitiendo «esto no es una pipa». Y efectivamente, no era una pipa sino la representación de una pipa, pero en esa representación no se puede fumar. No es una pipa. Y todas esas fotografías no son una pintura, son una fotografía.

Las fotografías de Formiguera de la serie «Diálogos con la pintura» plantean una reconsideración actual y fotográfica a esas imágenes que ya, como si fueran un *ready-made* más, nos pertenecen a todos. Un Picasso hecho ahora, un arlequín de estudio fotográfico; un desnudo juvenil del 2004 para recordar a Modigliani y a esa languidez casi imposible de hoy en día. El color que Formiguera aplica a estas imágenes fotográficas es indudablemente falso, artificial, como falsa y mentirosa es la fotografía, y eso él lo sabe —como fotógrafo— mejor que casi nadie. Y en eso también se demuestra que la fotografía es una manera más de hacer arte, de andar con el arte a vueltas, mirando y revisando esa mirada que cambia cada momento, cada época, en cada ojo que mira, en cada cabeza que piensa y repiensa qué somos, cómo somos y qué hacemos.

Saber cuál es la diferencia entre una fotografía, una pintura, la fotografía de una pintura o la narración literaria de esa misma imagen, constituye una ciencia; su explicación, un género literario. Pero el arte no es una ciencia, es simplemente un suspiro, un gesto, la reconsideración nueva y eterna de una grupa de mujer, ponerle color al deseo para disimular tal vez la soledad, tal vez un mal pensamiento.